

## XIII.

## El Clero en la guerra de tres años y en la Intervención Francesa.

---

Durante el tiempo comprendido desde 1858 a 1867 se jugó definitivamente, no tan solo el predominio de un partido político sobre el otro, sino la independencia misma de la Nación. Los reaccionarios, dueños nuevamente de la Capital de la República, en las postrimerías del año de 57, creyeron dominar la situación, constituyéndose en gobernantes; empero, no repararon en que, los liberales, incansables para defender los derechos del pueblo, volvieron sobre las armas para combatir a la usurpación.

El Clero, ofuscado por su triunfo, no daba importancia a los grupos revolucionarios, viendo unicamente al enemigo en las leyes que coartaban su ambición, y por lo tanto en desvirtuarlas se guiaron sus primeros pasos. Dó-

cil Zuloaga a todos los mandatos emanados de la Iglesia, expidió varios decretos, entre los que se contaban: uno que restablecía los fueros eclesiásticos y militares, otro la Suprema Corte tal cual existía en 1855, y dos más que derogaban las leyes de obvenciones parroquiales y desamortización.

Con esto y con la vendición del Papa, consideraron los clericales llegado el momento de que todos los mexicanos se postraran a sus pies. Se consideraron invencibles, soñando en que volverían los tiempos fastuosos de Santa Anna. No contaban para nada con la nueva orientación de la opinión pública, que condenaba enérgicamente que el Clero tomara parte activa en la política. Tampoco contaban con que un hombre fuerte, de indomable voluntad y de valor y honradez a toda prueba, había levantado la bandera, que en su uhida arrojara Comonfort. No contaban por último, conque el pueblo había roto ya algunos eslabones de la cadena que lo tenía sujeto a la Iglesia y que anhelaba destruirla por completo.

En tanto que el Clero, en nombre de la divinidad que proclamaba, en nombre de su Dios, clamaba por la ignorancia y opresión del pueblo, dentro de las naves de los templos; Juárez suspiraba por la educación y libertad del mismo pueblo, en la soledad de las montañas. Mientras aquel prometía paraísos en un mundo imaginario, éste ofrecía algo más preciso, más provechoso: ¡Libertad!

Las muchedumbres, cansadas ya de vanas promesas, prefirieron los peligros de la guerra, que la beatífica quietud de los pueblos y ciudades; y en compactos grupos fueron a engrosar las filas de los liberales. El Clero creía que Juárez, el indomable indio, no era más que un alucinado, un loco. Por eso, cuando aquel gran hombre, expidió su manifiesto a la nación, el 19 de Enero de 1858, anunciando haberse hecho cargo del Gobierno, no se le tomó en serio, y hubo periódicos clericales que se burlaron con lujo de crueldad.

Algo semejante aconteció cuando Juárez nombró su Gabinete, aunque no dejó de causar cierto escozor al Clero, al saber que figuraban personas de tan reconocida sapiencia, como Melchor Ocampo, Guillermo Prieto, Manuel Ruiz y León Guzmán.

A partir de aquí comenzó el Clero a preocuparse un tanto de su situación en general, convenciéndose hasta cierto punto, de que las misas cantadas, las procesiones y las bendiciones, así vengan del Papa, valen muy poco o nada, contra la voluntad de todo un pueblo. En tales circunstancias principió formal campaña contra Juárez y su Gabinete, en el terreno de las armas. Largo sería enumerar cada una de las peripecias a que dió lugar la penosa y larga caminata que llevaron a cabo los conspicuos liberales, para sustraerse a la persecución de las fuerzas reaccionarias; empero, jamás se vió que quienes habían echado sobre sus hombros la pesada carga de la le-

galidad, flaquearan un solo momento; por lo contrario siempre tuvieron fé en el triunfo, y esa fé se extendió, como chispa eléctrica, a todos los buenos mexicanos.

Juárez era la personificación de la legalidad, en él tenía el pueblo cifradas sus esperanzas de redención; y por eso encontró tanto esforzado paladín, que despreciando la vida, luchaban sin descanso. Y más pronto de lo que podía esperarse principió a dar fruto aquella magna revolución. En efecto, en la época más álgida de la campaña, cuando los corazones estaban caldeados por el fuego de los continuos combates, y las pasiones se desbordaban, Juárez, haciéndose eco del sentir general, delineó su actitud francamente anticlerical, dando a la publicidad, en los días 12 y 13 de Julio de 1859, las célebres Leyes de Reforma. Con esto ya no cupo duda de que la guerra sería sin cuartel, contra un poder que tantos males había causando a México. Se había llegado a los extremos y la lucha tenía que ser terrible: así lo comprendió Juárez, y valerosamente se aprestó a ella.

Los odios se recrudecieron. Estallaron con más encarnizamiento los combates. El Clero, furioso, acumulaba elementos sobre elementos, para contener la avalancha que lo amenazaba exterminar. Los liberales, llenos de fé, iban a la guerra cada vez con más confianza en el triunfo. De un lado estaba todo el elemento maleado de la nación, con su cohorte de ambiciones, odios y rencores; por la otra

parte, se hallaba congregado todo lo sano del pueblo, con sus anhelos de libertad, de paz y de justicia. Los primeros combatían por un fin mezquino y criminal; los segundos por una causa buena y humanamente noble.

Durante tres años la sangre corrió a torrentes por montes y ciudades; los incendios señalaban el paso de la guerra; pero no fué en vano tanto sacrificio. La causa del pueblo triunfó, aunque le esperaban en breve nuevas calamidades, traídas por el eterno y nunca vencido enemigo.

Al referirse a los acontecimientos sucedidos en la guerra de tres años, el Lic. Zerecero se expresa así: "En esos tres años de lucha sostenida con tanta constancia por el pueblo, se presentaron hechos heroicos, abnegaciones sublimes que honrarán siempre al partido liberal. La reacción por su parte pagaba siempre con asesinatos horribles la magnanimidad, la franqueza y la lealtad que siempre manifestaron los caudillos liberales." Nada más cierto; en las filas liberales militaron hombres de conciencia y honradez, mientras que en las reaccionarias, en su mayoría fueron ambiciosos sin pudor ni patriotismo.

Y a pesar de los montones de oro que poseía el Clero, de la ayuda moral y aun material, que le prestaban algunas naciones europeas, de las bendiciones del Papa, y del apoyo incondicional del elemento adinerado de la República, los liberales, llenos de miserias y privaciones, triunfaron en toda la línea, plan-

tando su glorioso estandarte libertador, en la Capital, el día 11 de Enero de 1861.

Al ocupar la Ciudad de México, Don Benito Juárez, quedó restablecida la legalidad; pero no terminada la lucha, pues el enemigo aún estaba vivo y acechaba con sus millones, para dar el golpe mortal a la soberanía nacional.

La impunidad de que siempre gozaron los miembros del Clero, los hizo orgullosos y cínicos: prueba de ello es el echo de que, a pesar del triunfo de los liberales, algunos altos miembros del Clero permanecieron en la Capital con toda tranquilidad, y dispuestos a seguir sus trabajos sistemáticos en contra del Gobierno liberal. Ante tanta maldad se vió el Gobierno de Juárez en la necesidad de expulsarlos, saliendo en tal forma del territorio nacional, los siguientes: Arzobispo, Don Lázaro de la Garza y Ballesteros, Obispos, Joaquín Madrid, Clemente de Jesús Munguía, Pedro Espinosa y Pedro Barajas.

Viendo el Clero su insuficiencia para luchar de por sí contra el elemento liberal, pensó desde luego en la intervención extranjera a fin de conservar sus riquezas y canongías. Con tal objeto, trabajaban asiduamente, Almonte en Paris, en donde se encontraba con el carácter de Ministro, Murphy en Inglaterra é Hidalgo en España; y "el partido conservador leemos en la obra México a Través de los Siglos, Tomo V. por su parte dirigía sentidas exposiciones a Napoleón y al Gobierno Ingles, pidiéndoles la protección que tanto necesita-

ban; más por entonces no se llegó a ningún resultado, pues el Emperador declaró que no obraría sino de acuerdo con España, que se mostraba remisa, abrigando la idea de que se ofreciese la corona a un príncipe español, y con Inglaterra, que exigía a su vez la cooperación de los Estados Unidos."

Más no era el Clero quien había de detenerse ante tales obstáculos: sabía que en Europa conocían las inmensas riquezas de México; sabía además que las principales potencias ambicionaban extender sus dominios, y que para invadir a nuestra nación, no necesitarían mas que un pretexto.

Y así fué, el Clero, después de mil promesas y engaños, logró que se llevara a cabo la mascarada de las reclamaciones de Inglaterra, Francia y España, tras la que se ocultaba la verdadera mira. En efecto, habiéndose retirado de aguas mexicanas las escuadras de Inglaterra y España, por el convencimiento que estas dos naciones tuvieron de que el Gobierno mexicano estaba dispuesto a satisfacer todas las demandas justas que se le hicieran, solo la escuadra francesa permaneció en aguas mexicanas, con el objeto definido de invadir el territorio nacional.

El pretexto fué el primero que se encontró a la mano. Que el Gobierno Mexicano no reconocía una deuda que tenía con el de Francia; que además reinaba tal anarquía que no tenían garantías ni nacionales ni extranjeros. Y los soldados franceses pisaron el territorio

mexicano en son de conquista. Pero no eran ellos los culpables: los criminales estaban entre los mismos mexicanos: eran el Clero y alguno que otro político despechado; eran los eternos e irreconciliables enemigos del pueblo, los conservadores.

Pero los hombres de buena voluntad, los que estuvieron siempre del lado del partido liberal y no se deslumbraban con el brillo de las monedas, jamás transigieron con los traidores, y de nuevo se aprestaron a la lucha.

El Clero, por su parte, estaba radiante de felicidad, creía seguro su triunfo y no escatimaba sacrificio en pro de su causa. Había logrado, después de muchos trabajos, que viniera como Emperador Maximiliano de Austria, quien hizo su entrada a la Capital, en son de triunfo, el 12 de Junio de 1864.

Los liberales, palmo a palmo, disputaron a los invasores el terreno; pero ante el empuje de estos, tuvieron que dejarles el camino de Veracruz a México; para mas tarde volver a la carga y recuperarlo.

La lucha, aunque desigual en un principio, por los poderosos elementos con que contaba el ejército invasor, poco después se equilibró y por último, vino a decidirse a favor de la causa liberal, que era la causa de la patria.

Sería muy laborioso relatar los mil episodios que se sucedieron durante el tiempo que duró esta guerra, así pues, nos concretaremos a mencionar algo de lo mucho que hay que de-

cir del Clero, en esta época de nuestra historia.

Las manifestaciones hechas a Maximiliano en cada una de las poblaciones que visitó en su paso a la Capital no son para describirse: por un lado el derroche de lujo hecho por el Clero y por el otro, la santa cólera del pueblo al ver tanta degradación y tanta miseria moral.

Mientras las fiestas vertían sus cascabeles de oro en la Metrópoli, y la traición se consumaba, cubriéndola de flores; Juárez llegaba a San Luis Potosí, dispuesto como siempre a defender el honor nacional. De allí emprendió la penosa gira por los Estados del Norte, de donde había de regresar cubierto de gloria.

"Allí decía 'El Constitucional' periódico de aquella época-mientras el mundo admira el heroísmo de nuestros soldados, el Clero, incapaz de comprender nada noble, nada grande, nada sublime, eleva a Dios sus oraciones por los invasores de su patria. Allí mientras nuestros generales y soldados prisioneros sufren con resignación el infortunio, porque saben que toda la República los secundará en el combate, solo él, el clero, el traidor, festeja al invasor con el repique de sus campanas. Pero tarde o temprano la victoria será nuestra, y entonces de nada os valdrán los muros sagrados de vuestras iglesias, los humildes hábitos que encubren la traición; sereis castigado terriblemente, la cuchilla de la ley caerá sobre la cabeza de los falsos sacerdotes."

Justa era la cólera de los que dignamente podían llamarse mexicanos, al contemplar que una jauría rabiosa quería acabar con la nacionalidad mexicana. Justa era aún más, al ver que se invocaba el nombre de la misma patria que trataban de entregar maniatada a un príncipe extranjero. Y esa cólera era la expresión unánime, formidable, del pueblo sano de la nación; de ese pueblo que siempre ha derramado generosamente su sangre por un ideal reivindicador.

Por eso la Iglesia, unida a los plutócratas y al ejército invasor, contando con sobrados elementos de combate, no pudo nada contra el pueblo que combatía con armas deficientes, pero que se convertían en devastadoras, al calor del más puro patriotismo.

El pueblo mexicano bien sabía que la guerra no se la hacía la Francia democrática, sino un tiranuelo que a la sazón la gobernaba, y la casta de favoritos: los conservadores de los abusos, los parásitos sociales, los que siempre medran a las sombras de las tiranías, los que estaban en fin, cobijados por la bandera del clericalismo.

La traición no pudo, no podía justificarse: bajo ningún pretexto y por ningún motivo, los mexicanos hubieran permitido la consolidación de un gobierno extraño: habían mamado el patriotismo en las ubres del más puro liberalismo, y sabían defender a la patria hasta el último extremo. A partir de entonces, libe-

ral es sinónimo de patriota y clerical de traidor.

Y cobijado nuevamente por la roja bandera que tremolara airosamente en los campos de batalla el Partido Liberal, entró el inmortal Juárez a la Capital de la República, después de haber destruído el efímero imperio, construído por la traición del Clero mexicano, al rodar, en el Cerro de las Campanas, las cabezas de los principales caudillos imperialistas.

## XIV.

## ERA PORFIRISTA.

Durante la época, por demás larga y penosa, en que gobernara Don Porfirio, varios son los aspectos bajo los que se nos presenta en escena la facción clerical.

Bien sabido es de como el Gral. Díaz llegó a la Presidencia de la República, así que, para nuestro objeto, creemos inútil referirla; pero tocaremos en cambio, todos aquellos puntos que consideremos de interés.

A consecuencia de los terribles golpes que asestara el Gobierno de Juárez, al partido clerical, quedó casi exterminado, al grado de no tomar participio directo en la revolución de Tuxtepec; empero encontró nuevos procedimientos para seguir gozando de sus privilegios, como lo veremos más adelante.

En un principio, el Gral. Díaz, agrupó a su alrededor unicamente a los elementos revolucionarios; pero comprendiendo que sin una po-